

EL MITO ENTRE LOS GRIEGOS Y LOS AMERINDIOS PREMISAS FILOSÓFICAS GENERALES

JOSÉ GABRIEL COLEY*

RESUMEN

La palabra Mito significa mentira, fábula, leyenda, de allí mitómano, o sea aquel que miente por manía; o por placer, como los literatos.

El proceso del conocimiento va de la ignorancia del sujeto al ensayo con el objeto que generalmente se traduce en error o conocimiento falso, esto es, una mentira. Esa es la fuente creadora del mito, sobre todo comenzando porque la misma naturaleza nos miente pues nunca se nos presenta como es. “A la naturaleza le gusta ocultarse” nos dice Heráclito. Sí, y además se disfraza. Y si a esto le añadimos nuestras deficiencias sensoriales, el resultado, el conocimiento, se aleja siempre del objeto tal y como existe fuera de nosotros. La “cosa en sí” se nos fuga a pesar de nuestros esfuerzos por descubrirla, capturarla e interiorizarla.

Mientras los demás animales están en el mundo, los hombres de todas las culturas han tratado de explicarlo. Las primeras formas de esas interpretaciones fueron mitográficas y surgieron como reflejos fantásticos de la realidad en el cerebro humano. Ellos dieron origen a las deidades, llenándose todo de dioses para intentar explicar ese mundo misterioso que nos circunda. La filosofía llegó después. Destacar lo unívoco, lo análogo y lo equivoco entre los mitos griegos y los mitos de las civilizaciones pre-hispánicas son los objetivos de la presente ponencia.

Palabras clave

Filosofía, Mito, Grecia, Amerindios, Antropología filosófica, Civilización.

ABSTRACT

The word “myth” means lying, fable, legend, mythomaniac or someone that lies by hobby, or pleasure, as the literati.

The process of knowledge goes from the ignorance of the subject to the attempt, which usually results in error or false knowledge, that is, a lie. That is the creative source of myth, especially because the nature lies to us by never showing itself as it really is.

“Nature loves to hide” says Heraclitus. Yes, and it disguises itself. And if we add our sensory impairments, the outcome, knowledge, is always away from the object, as it exists outside of us. The “thing in itself” leaks despite our efforts to discover it, capture it and internalize it.

While other animals just are in the world, men of all creatures have tried to explain it all. The earliest forms of these interpretations were mythological and emerged as the fantastic reflections of reality in the human brain. They gave birth to the deities, filling all of gods to try to explain this mysterious world that surrounds us. The philosophy came later. Highlighting the unique, analog and misunderstanding between Greek myths and the myths of pre-Hispanic civilizations are the objectives of this paper.

Keywords

Philosophy, Myth, Greece, Amerindian, Philosophical anthropology, Civilization.

Recibido: Marzo 22 de 2012

Aceptado: Abril 25 de 2012

* Docente Investigador Universidad del Atlántico.

El mito es una voz que sitúa al individuo como una fuerza continua pero siempre idéntica consigo misma. El mito es una lucha contra el olvido. En él, el espacio y el tiempo se confunden.

La identidad del individuo es milenaria, se prolonga hasta donde no hay límites. Así, su voz personal, su conocimiento de las cosas, solo constituyen una manifestación en el tiempo y en el espacio de la voz de la vida que procede de más allá del tiempo y el espacio... “No hay historia, sino el continuo presente de un tiempo y un espacio primordiales; el sentido es esa totalidad en que se transparenta lo primordial en cada presente” (Lorite, 1984, p. 7).

Esa omnipresencia del mito es el anti-olvido. El mito es inalterable y con el mismo sentido a través del tiempo y el espacio. Es el «eterno retorno» de que nos habla Mircea Eliade, un círculo cerrado repetible.

Las cosas que nos rodean, todas, están llenas de contenidos vitales. Las palabras son los residuos que quedan de las cosas cuando son usadas, es decir, exprimidas por la vida: el significado. Esto –el residuo– es el símbolo.

Ernest Cassirer en su *Antropología filosófica* se refiere a los símbolos de la siguiente manera:

“En el hombre el sistema simbólico transforma la totalidad de la vida hu-

mana. Los símbolos constituyen una nueva dimensión de la realidad. El hombre vive en un universo simbólico. El lenguaje, el mito, el arte y la religión constituyen parte de ese universo, forman los diversos hilos que tejen la red simbólica, la urdimbre complicada de la experiencia humana. El hombre se ha envuelto en formas lingüísticas, en imágenes artísticas, en símbolos míticos o religiosos, en tal forma que no puede ver o conocer nada sino a través de ese medio artificial” (Cassirer, 1987, pp. 47-48).

La profundidad y la capacidad del símbolo es asombrosa. A través de él fijamos una multitud de notas conceptuales sobre los objetos que nos circundan e impresionan:

«El pensar simbólico es circunstancial al ser humano: precede al lenguaje y a la razón discursiva. El símbolo revela ciertos aspectos de la realidad, los más profundos que se niegan a cualquier otro medio del conocimiento» (Eliade, 1979, p. 12).

La realidad de los mitos es únicamente simbólica. En el espacio mítico no hay cosas: Solo existen los significados como realidad. En los mitos las cosas se expresan según el estado emocional que causan en los hombres y están siempre en relación a sus necesidades vitales:

“Los objetos, montañas, ríos, vientos, lluvias, plantas, animales, tribus... no solo existen, también son benefi-

cos o nocivos, poderosos o débiles..., semejantes o diferentes...; más aún: si existen es porque son benéficos o nocivos, poderosos o débiles..., porque tienen un valor vital. La neutralidad existencial (u objetiva) constituye una indiferencia significativa que escapa al mito; y lo que escapa al mito, lo que la palabra deja por fuera de sus redes expresivas, está marginado de la vida, sencillamente no existe” (Lorite, *op. cit.*, p. 6).

La interacción del hombre con las cosas mediada por sus necesidades vitales origina las representaciones que luego son fijadas en los símbolos. La representación es vida y el mito se da en la representación, en la imagen, producto de la relación epistemológica objeto-sujeto.

Cada individuo repite por herencia cultural el mismo proceso que originó las primeras representaciones y allí está siempre presente el mito traspasando las barreras del tiempo y el espacio, subyaciendo en todo conocimiento. Por ello los conocimientos serán evidentemente “Re-conocimientos”.

“Saber es recordar, una memoria simbólica que hace que toda acción del individuo sea una repetición de modelos sin tiempo” (*Ibidem*).

Mitos y *logos* en los griegos

Generalmente se tiende a señalar los términos “Mito” y “*Logos*” como

contrarios, excluyentes, antagónicos: El “Mito” reflejará lo fantástico, el “*Logos*” lo racional. Sin embargo entre ellos existen conexiones.

El mito es el resultado de la imaginación sobre los hechos de la experiencia, como dice Luis Rosales: “El mito es la antesala del símbolo, como el símbolo es la antesala de la abstracción o el concepto” (Citado por Fernández Galiano, 1980, vol. 4, p. III).

También el mito y no solo el *logos* plantea cuestiones profundas como las de los propios orígenes del hombre, su destino, el mundo, la realidad, el más allá de los poderes trascendentes y transhumanos.

El *logos* empezó a desarrollarse a partir de un mito fósil o de un núcleo embrionario mitógrafo, del cual, como los genes, nunca ha podido históricamente liberarse de su presencia ancestral. Es difícil, si no imposible, trazar una frontera aislando el mito de la alegoría filosófica. Los primeros filósofos no escribieron tratados rigurosamente sistemáticos desde el punto de vista racional sino poemas, con un lenguaje cifrado, en donde el mito está disuelto en alegorías. Incluso Aristóteles, el genio más grande de la antigüedad, no considera a Thales de Mileto como el primer filósofo, sino a Homero (*Metafísica*, 1009).

Según gran parte de los historiadores, los griegos comenzaron a estructurar sus mitos a través de los grandes

poemas épicos de la octava centuria a.C.: los de Homero, *La Iliada* y *La Odisea*; los de Hesíodo, *La Teogonía* y *Los Trabajos y los Días*, fundamentalmente. Estos poemas míticos plantearon problemas filosóficos sobre el origen del mundo y del hombre y el sentido de ambos.

El tema fundamental de que tratan es un reconocimiento de (y una reflexión sobre) una doble diferencia: entre el hombre y la naturaleza, por un lado, y el hombre y lo divino, por el otro.

El hombre se ve a sí mismo como diferente de las demás cosas pero también de lo divino. Ejerce cierto control sobre el mundo pero al mismo tiempo advierte que no todo el mundo es suyo, que existen fuerzas, dimensiones del universo, que operan fuera de su control y a las cuales debe someterse. Estas fuerzas irreversibles son para él las divinidades.

La épica homérica expresa un claro reconocimiento de la distinción entre lo divino y lo mortal, del hombre como sometido a fuerzas que se hallan más allá de su control. Pero estas fuerzas no son superiores en virtud de su racionalidad, bondad o estabilidad; solo lo son en virtud de un poder superior que emplean con la arbitrariedad del más irracional de los mortales. Al respecto Max Muller expresó: «Los griegos atribuían a sus dioses acciones tan monstruosas que harían ruborizar al más salvaje de los pieles rojas» (Citado por Fernández Galiano, p. VII).

Así, en *La Iliada*, el destino de Aquiles está determinado por oráculos que existían desde la eternidad. La voluntad de Afrodita fue la que le impuso a Helena, centro de la disputa de la guerra de Troya, a abandonar a su marido cuando París fue a buscarla a Esparta. En los dos campos intervienen dioses y diosas. Incluso el mismo Zeus pesa sobre una balanza los destinos (las moiras) de Aquiles y Héctor.

Lo mismo sucede en *La Odisea* en donde Ulises es hijo de Hermes, pero es la diosa Atenea quien se convierte en su protectora y es ella quien lo salva de la cólera y el rencor de Poseidón.

Para el hombre griego la visión homérica de la existencia de los dioses era una verdad tan convincente que, hasta un Epicuro, calificado como materialista, defendió decididamente la existencia de los dioses.

En *La Teogonía*, Hesíodo hace de Eros (amor) uno de los primeros dioses que aparecen en el esquema cósmico de las cosas: “Cualquiera que sea la variante (en las diferentes interpretaciones que se han hecho de Hesíodo), siempre es Eros, el animador y el elemento motor del universo y su origen” (Grimal, 1977, p. 24).

Eros es el principio generatriz que tornará significativo el desarrollo posterior del universo. El elemento erótico era absolutamente fundamental para el mundo y la vida en la mente

del hombre griego, idea que encontrará una mejor formulación en los Diálogos de Platón, especialmente en Banquete.

Tanto en *La Teogonía* como en *Los Trabajos y los Días* (en donde establece un código ético a través de los mitos de “Prometeo” y “Pandora”), Hesíodo propone una clara diferencia entre lo mortal y lo divino y el rol de las musas como las mediadoras entre los dioses y los poetas. Según Hesíodo los poetas necesitan una especie de bendición o sublimación por parte de las musas para poder recibir y entender los designios o las palabras de los dioses.

Hace 28 siglos los griegos crearon sus dioses, sus héroes y sus leyendas que aún en nuestros días siguen teniendo vigencia, sino mitológica o religiosa, sí cultural y literaria. “Estos dioses, adoptados y adaptados por los romanos, pasaron a formar parte de lo que llamamos cultura occidental y, de hecho, entraron también en nuestra imaginación, formando algo así como un subconsciente cultural” (Miranda, 1986, p. 10).

Por todo esto hoy hablamos de Afrodisíaco, Apolo, Academia, Amazonas, Ambrosía, Anfitrión, Argos, Adiós, Arcano, Arcadía, Argonauta, Arpía, Atlántida, Atlas, Aurora, Ave Fénix, Caballo de Troya, Calipso, Caos, Casandra, Centauro, Cíclopes, Circe, Cronos, Coloso, Cupido, Destino, Dionisios, Discordia, Edípico, Eco,

Electra, Eros, Estadio, Europa, Fama, Fea, Fénix, Flora, Fortuna, Gigantes, Gorgonas, Gea, Gracias, Hambre, Horas, Hecatombe, Helena, Héctor, Hermafrodita, Hidra, Honor, Ítaca, Liceo, Lalo, Musas, Marte, Maratón, Medusa, Midas, Minotauro, Mnemosina, Moira, Momo, Narciso, Néctar, Ninfas, Noches, Océano, Odisea, Olímpico, Osa, Pan, Pandora, Parca, Parnaso, Partenón, Pegaso, Pitón, Pitonisa, Pléyades, Prometeo, Psiquis, Quimera, Sátiros, Selene, Sirenas, Talón de Aquiles, Titanes, Tragedia, Tártaro, Temis, Tetis, Tritón, Urano, Venus, etc...

Permítaseme una digresión. El listado anterior está presente en nuestro lenguaje a nivel de la cotidianidad. Qué no decir del lenguaje especializado de la filosofía, comenzando por el mismo nombre de Phylo-Sophia. O el de las ciencias, cualesquiera que ella sea. Cada concepto, cada término, cada palabra, está llena de significados vitales en su recorrido histórico, (genealógico o arqueológico, tanto en Nietzsche como en Foucault) y allí siguen presentes los griegos. Sigamos.

Hemos dicho que, la mitología griega es obra fundamental del pueblo, quien la puso en bocas de sus poetas. Si, la religión de los antiguos griegos no tuvo profetas ni textos como La Biblia, el Corán o los Vedas; la fantasía popular fue creando esa pluralidad de dioses.

Para poder entenderlos, consideramos

que se hace necesario analizar no ya la visión de los exégetas sobre el por qué y cómo los griegos inventaron sus dioses sino buscar una aproximación a la visión que tenían ellos mismos de sus mitos y de sus dioses. Acercarnos al propio sujeto en su propio tiempo, tratando de dejar de lado, en lo posible, nuestro horizonte de intelección subjetivo al respecto.

Pensamos que los orígenes de los mitos son el resultado de la emoción del espíritu griego antiguo frente a las grandiosas formas de la realidad universal y los expresó a través de imágenes y metáforas. Las representaciones míticas contienen verdades, aunque metamorfoseadas, y todas son extraídas de las cosas a través de nuestras experiencias con ellas. Es en la manipulación (luego manos) donde se producen las impresiones de la realidad, desde las más simples hasta las más maravillosas que son las que engendran las deidades.

La esencia del mundo se sublima al cantar. Los dioses griegos revelan lo que íntimamente mueve al hombre, lo que lo inquieta, perturba y asombra. El poeta, enseñado por las musas, sabe decir el querer de los dioses, como se ha insistido. Las formas divinas revelan todo lo esencial y verdadero de las cosas del mundo ligadas, por supuesto, a la vida.

Por otra parte, “los dioses griegos no son simplemente onomatopeyas o personificaciones sino además

conceptos abstractos: justicia (dike), Amor (Eros), Destino (Moiras), Tiempo (Cronos), Principio (Caos), etc.” (Hyland, 1975, pp. 277-278).

Los hombres griegos podían mirar los mil rostros del ser porque los dioses les habían abierto los ojos. Incluso Thales de Mileto diría: «todo está lleno de dioses», aunque el racionalista lo llame fetichista y el religioso panteísta.

Los dioses griegos se hallan en todos los ciclos del ser, en lo cósmico, lo elemental, lo vegetal, lo animal, lo abstracto, lo espiritual; están presentes con su magnitud divina para representarse finalmente bajo forma humana.

La figura humana no es ninguna degradación de lo divino sino una elevación del hombre hacia ello. Goethe lo reconoció claramente cuando escribe: “la idea e intención de los griegos es la de endiosar al ser humano, no la de hominizar a la deidad”. ¡Se trata de un teomorfismo, no de un antropomorfismo! Es decir, lo contrario al cristianismo, añadimos nosotros.

De todas maneras tanto el mito como el *logos*, son esfuerzos humanos por intentar explicar el misterio de la existencia; el primero con fictos (luego ficción) y el segundo a través de la razón, estando ambos, de alguna manera compenetrados. En el mito se presiente el *logos* y el *logos* nunca se libera del mito.

Mito y tragedia entre los amerindios

Las limitaciones de los historiadores para reconstruir la vida de los pueblos amerindios son evidentes. Los códices indígenas y los hallazgos arqueológicos de la cultura nahual no son suficientes para comprenderla. Es necesario entonces acudir a la obra de Fray B. de Sahagún y de otros cronistas, con lo cual se establece una mediación epistemológica que no permite una real objetividad. Los poemas relatados en el idioma quechua y fijados luego en la escritura castellana solo se asoman con los anteojos de la transposición, al desaparecido imperio austral. La crónica, género literario de naturaleza informativa sobre lo visto y acontecido en los pueblos de dialecto chibcha, han transmitido los mitos de los muiscas de Colombia, pero enchapados en la interpretación del europeo. Solamente el Popol-Vuh de los mayas, es el documento casi único que nos presenta un cuadro más o menos objetivo sobre la cultura mesoamericana.

Pero en todo caso, si se quiere hacer alguna hermenéutica, aun con todas las restricciones expuestas, hay que partir de lo dado (con mediación, subjetividad, interpolación y ficción) para intentar completar la imagen histórica de los imperios precolombinos. Los pueblos con ciudades y edificaciones que encontraron los españoles en el siglo XV en México, Yucatán, Perú y Colombia eran civilizaciones diferentes a las de los viejos continentes.

Como es sabido, la conquista española provocó una ruptura al desarrollo natural que traían estos pueblos, y todos sus valores quedaron tronchados, truncados o eliminados por la tecnología invasora. En América no existía capacidad de respuesta. La artillería sirvió para deslumbrar, someter y convertir. Por ello el Dios de Hernán Cortés y Francisco de Pizarro, era superior a todos los dioses de Moctezuma y Atahualpa juntos. Los pueblos amerindios en el siglo XV no tenían un universalismo religioso. Su pensamiento se apoyaba en los mitos.

Los aztecas, los mayas, los incas y los muiscas, habían construido una concepción mítico-poética del mundo que hoy todavía nos asombra. Un código de valores, una escala axiológica, un respeto a la naturaleza los distanciaba de Occidente. Un conocimiento diferente les permitía escuchar las palabras del viento. Sentir el amor o el clamor de la montaña. Abismarse ante el silencio de la piedra. Conocer el alma de la piedra. Amar al viejo árbol. Descifrar las señales del Sol y de la Luna, del fuego y de la lluvia. Incluso presagiar sus propias tragedias y desapariciones.

No obstante, y sin extrapolar, entre sus mitos también existen analogías con otros mitos universales (griegos y hebreos). Destacar lo similar, lo distinto y lo original es el propósito del presente escrito y lo haremos a manera de glosas:

Los dioses astrales o celestes han sido característica semejante de todas las culturas y religiones. Incluso el Dios cristiano se encuentra en el cielo. Quetzalcóatl, Gucumatz, Bochica y Viracocha, también estaban en el cielo. La mayoría de las divinidades griegas habitaban en el Olimpo, muy cerca de las nubes.

Quetzalcóatl representa el Sol poniente de los aztecas; Gucumatz, la serpiente emplumada de los mayas, era hijo del Sol y la Luna; Bochica, el protector de los muiscas, después de instruir al pueblo se retira a las regiones celestes; Viracocha, el señor todo poderoso de los incas, era siempre asociado al culto de Inti, el Sol.

Los dioses solares de las cuatro principales culturas amerindias eran representados antropomórficamente. Se los imaginaban ancianos, sabios y con barbas, quizás como prefiguración, presagio o premonición trágica de los españoles, no lo sabemos. Ese es el problema escatológico a descifrar.

El Sol era fundamental para la cosmovisión amerindia. La subida, el oca-so y retorno del Sol simbolizaban la muerte y el renacimiento de las cosas, nacimiento, juventud y vejez, periodicidad sin fin, el ritmo cíclico de la

vida, del mundo. Es el eterno retorno como también creían los griegos antiguos.

Los aztecas se decían a sí mismos, “el pueblo del Sol”, el pueblo elegido y su misión consistía en ayudar al astro rey en su tarea de permitir al mundo su continuidad. Los incas también se consideraban «hijos del Sol». Igualmente los hebreos se creían pueblo elegido; los cristianos todos, se dicen hijos de Dios. El Dios de la Biblia es representado anciano, sabio y con barbas.

Para los muiscas el Sol es siempre varón y no solo fecunda a la Luna, sino también a simples mortales. Habla a los mortales, les transmite órdenes. Si montan en cólera, hay que ofrendarles niños en sacrificio para calmarlos. Los dioses griegos, los dioses romanos, el Dios bíblico, también fecundan a los mortales, les dan órdenes y hay que ofrendarles niños en sacrificio. Recordemos el pasaje de Isaac y Abraham. En todo caso, los sacrificios están ligados siempre a la sangre. La comunión católica es un ejemplo de ello.

En los mitos mayas las ideas fundamentales son la muerte y la resurrección del Sol y la creación del hombre. Para la creación del mundo los dioses

formaron un consejo y entre ellos surgió la palabra, que es el acto creador. La palabra como acto creador se encuentra desempeñando el mismo rol en la Biblia: Y Dios dijo: hágase la luz... y el verbo se hizo carne... etc.

Sin embargo, los mayas recibieron el fuego al estilo griego, de Hurakán (divinidad conocida también en las Antillas), dios de la tempestad. Hurakán, a nuestro juicio, reúne a Zeus y Prometeo.

Los dioses mayas también intentaron hacer al hombre de barro, como en la Biblia, pero fracasaron pues, bajo la acción de la lluvia, se transformaron en fango. Luego procedieron a hacerlos de sustancia de maíz, más ligado a la vida que la primitiva arcilla bíblica.

El maíz es fundamental para todos los pueblos amerindios: Bochica y Viracocha instruyeron a muisca e incas sobre su importancia y utilidad. Los aztecas se decían depositarios de la cultura del maíz y sentían un profundo desprecio por los «cabezas rojas» del norte (nómadas, cazadores y recolectores) que no conocían el nahuatl, es decir, la palabra. Los mayas, como dijimos, van más allá: ¡están hechos de maíz!

Además de los dioses solares, entre los amerindios, existían dioses particulares y potencias de especie animal a las que se les reconocían un misterioso influjo. Entre los incas, por ejemplo, las serpientes eran veneradas. Para los mayas, el dios principal es Gucumatz, la serpiente emplumada. Para los muisca, Bachué y su vástago marido desaparecieron en el estanque de Iquaqué para convertirse en serpientes.

Los hombres amerindios tampoco pudieron resistir la magia de este reptil, símbolo fálico, de la vida y la astucia en todas las culturas. Sin ella en el paraíso bíblico no hubiera podido desarrollarse el drama vetero y neotestamentario, que históricamente heredó Occidente a partir de Roma como síntesis de Atenas y Jerusalén.

Entre los amerindios no se conocieron los ángeles (del griego *aggelos*-mensajero); pero tenían a los cóndores que respondieron con igual eficacia para traerles noticias de sus dioses celestes cuando los chamanes no podían comunicarse con ellos.

Tampoco existían oráculos; no obstante, los aztecas, por ejemplo, creían

en el destino. Para ellos todo estaba previsto. No existía ni un solo hecho natural. Todo acontecimiento era manifestación de alguna deidad. En el calendario ritual del Tonalamatl (o Tonalpohualli), hacia el cual tenían una sumisión absoluta, todo estaba escrito. Los hombres pueden intentar cambiar el curso de las cosas gracias a prácticas mágicas de los hechiceros necrománticos que eran deificados. Pero todo ocurrirá.

Sus relaciones con las plantas no eran únicamente con el maíz. La simbiosis entre los hombres y las plantas en Occidente se remonta a la pérdida del paraíso y el uso que se le dio al árbol del génesis. El consumo de su fruto reportaba conocimiento, distinción entre el bien y el mal y ascenso a la divinidad. ¡Pero era un árbol prohibido! Quizás por esto los gnósticos buscan a Dios por el conocimiento, no por la fe.

Los amerindios jamás consideraron ilegal la búsqueda de la felicidad aun cuando esta incluya plantas que se encuentran en la naturaleza. El uso del peyote o de los hongos alucinantes despertaba en ellos la paz tranquila de buen salvaje. Sus guías espirituales, los chamanes, dieron ejemplo con sus trances para volar a la misma altura que sus dioses y conocer todo igual que ellos. Es decir, tal y como se le

dijo a Eva y Adán en el mito bíblico del paraíso.

En el Tonalamatl azteca están los presagios que acompañan al recién nacido hasta su muerte. El nombre mismo del niño venía del conjunto de influencias que marcaban su nacimiento y a la vez determinaban su vida. Cada día del calendario azteca, que tenía 260 días, llevaba un número que tenía características adivinatorias. Nadie escapaba a su destino, igual que los griegos. Cuauhtemoc, significa “el águila que cae”, ¡y fue el nombre del último emperador de los aztecas! Es decir, como veremos al final, se cumplió inapelablemente la tragedia, a lo griego.

Los números eran tan importantes para los pueblos amerindios como para los pitagóricos. Sin embargo, un número se repite permanentemente entre estas 4 culturas principales: el 4.

Para la Biblia y la cultura occidental el número especial es el 7. Veamos algunos siete: 7 las notas musicales, 7 los sabios de Grecia, 7 los colores básicos, 7 las plagas de Egipto, 7 las maravillas del mundo, 7 los días de la semana, 7 las palabras de Cristo en la Cruz, 7 los vicios, 7 las virtudes, 7 los sacramentos, 7 los pecados capitales,

7 las obras de misericordia (7 corporales y 7 espirituales) y hasta Blanca Nieves tiene sus 7 enanos y el gato sus 7 vidas, etc... Para nuestros amerindios era el 4.

El Pacha o mundo terrestre de los incas tenía 4 cielos superpuestos en los que habitaban los dioses. Viracocha residía en el más alto. La tierra tiene un centro por donde se atraviesan dos líneas imaginarias y perpendiculares entre sí que dan origen a 4 grandes zonas. El imperio estaba dividido, por tanto, en 4 partes. Las ciudades tenían 4 calles principales; existían 4 fiestas solemnes que duraban 4 días. 4 señores estaban al frente de todos los pueblos, aun en los más pequeños.

Bachué, madre común de los muiscas (¿Eva?), tuvo gran cantidad de hijos, 4 por vez. Cada 4 días había ferias de trueque.

Los dioses mayas hicieron el mundo en 4 etapas; la primera creación, los vegetales; la segunda, los animales; la tercera, el hombre de barro; la cuarta, los hombres de maíz, los actuales. Hubo primero dos veces dos hombres; luego los dioses crearon 4 mujeres que surgieron en la noche para compañía de los 4 hombres primigenios. El número 4 para los mayas es

divino, responde a los 4 ángulos del mundo, a los 4 puntos cardinales y simboliza la armonía entre lo humano y lo cósmico.

Para los aztecas el mundo está eternamente amenazado. 4 eras bajo el nombre de soles han precedido a la nuestra y todas han terminado en cataclismo. Al final de cada era la tierra ha sido poblada con seres más perfectos. Igualmente la nuestra acabará.

El mito del incesto, de carácter universal, también se presenta en los amerindios. La deificación natural antropomórfica así lo evidencia. La concepción del mundo, como un permanente combate entre fuerzas masculinas y femeninas, se expresa a nivel de una endogamia mítica entre sus dioses. La unión de Hermes y Afrodita o el mito de Andrógino serían las referencias griegas al respecto (ver Platón en *Simposium*).

Para los mayas los hombres fueron hechos por los dioses en el día y las mujeres en la noche. El Sol y la Luna eran hermanos entre sí. Para los aztecas todos los dioses eran hijos de una primera pareja divina: Ometecutli y Omecihuatl, «El señor y la señora de la dualidad». Estos dioses creadores tuvieron 4 hijos, a quienes encargaron

a su vez, que originaran a los demás dioses, al mundo y, por fin, al hombre. Si, el hombre de último como en la Biblia.

Viracocha, el dios inca, tiene por esposa y hermana a Mamá-cocha, la lluvia, el agua, en contraposición al elemento fuego del primero.

A Bochica, el dios solar de los muisca, en su labor constructiva y civilizadora, se le oponía Chía, su esposa, tan bella como perversa. Para alejarla de la tierra, la convirtió en la Luna y luego de terminar su misión protectora, él se retiró a regiones celestes. Es decir, a reunirse con Chía. Sin embargo, otro mito muisca, el de Bachué, afirma que ella se desposó con un niño al que había criado y cuya descendencia fue el pueblo de los hombres (muisca). La perversidad de Chía nos recuerda a Hera, la esposa de Zeus; o a Juno esposa de Júpiter.

La eticidad incaica, además, no tuvo el decálogo de prohibiciones de Moisés. Se desgaja de un “mito natural” que condenaba al homicidio, el robo, la ociosidad, las relaciones sexuales forzadas y contra natura, etc.

La virginidad es un mito de la cultu-

ra occidental, recogido de la tradición judeocristiana. En esencia, los amerindios no fueron himenólatras. Al menos no lo fueron los incas. Por el contrario, la virginidad era una verdadera afrenta para el recién casado esposo, pues, pensaba que su mujer no había sido digna de suscitar el amor de ningún hombre. Hermoso mensaje poético antítesis de la transvaloración cristiana y machista. Cabe hacer la salvedad que las ninfas y las musas griegas eran vírgenes.

No obstante, lo equivalente de las “santas” católicas que deben ser vírgenes, para los incas eran las coyas, porque habían dado mucho amor a los hombres y, por lo tanto, podían unirse al Sol, es decir, amar verdaderamente a su dios.

El sentido del tiempo también era distinto del cogitar occidental. Para los amerindios el pasado no estaba atrás sino adelante, porque es lo ya vivido y podemos verlo; el futuro sí está atrás: de él nada sabemos. Pero todo estaba predeterminado y todo tiene que suceder inexorablemente.

Y llegó el 12 de octubre de 1492 y ellos, no se sabe de qué modo, lo presentían. Los españoles fueron en principio recibidos sin resistencia, como

lo inevitable, pues la tragedia debía cumplirse, es decir, el destino. Los españoles no arribaron a un nuevo mundo, trajeron un nuevo mundo.

En medio de todas las violencias y contradanzas, a los 25 años de llegar los españoles, la isla de Santo Domingo es otra isla. Todo, hasta el paisaje ha cambiado. Los indios han conocido caballos, hierro, pólvora, frailes, idioma castellano, el nombre de Jesucristo, vidrio, terciopelo, cascabeles, carabelas, azúcar, vino, trigo, negros de África, gente con barbas, carpinteros, sastres, zapateros, papel, letras... pero también la viruela, la sífilis y otras lacras similares, en nombre de la cruz y de la Corona de España.

Los niños empiezan a hablar una lengua que antes no habían oído. Los campos *a* cubrirse de caña de azúcar. Donde antes había un bosque ahora se oye algarabía de los trapiches. Otra generación nunca había presenciado cambios más radicales y violentos. Los caciques se sacaron colgados de las horcas. Los indios al trabajo forzado. Las indias violadas y preñadas. Vino un virrey. Se oyó la campana que convidaba a misa. Se vio a los hidalgos doblar la rodilla, inclinar la frente, en la silenciosa elevación de la hostia. La isla es para los indios un nuevo mundo...

Pero no todo fue sumisión y conversión. Veamos dos perlas. Uno de los caciques de Quisquilla (madre de todas las tierras), hoy Santo Domingo, se negó a bautizarse porque no quería morir y volver a encontrarse en el cielo con los españoles.

Y mucho más allá del norte del río Bravo que divide a América Latina de la anglosajona, cerca del polo ártico, también se cuenta que un esquimal preguntó a un misionero danés que quería convertirlo, si en el cielo había focas. Frente a la negativa del monje, él definitivamente le dijo que ese cielo no servía para los esquimales porque ellos no podían vivir sin las focas.

Empero, fuimos incorporados violentamente a Occidente y todos nuestros mitos aniquilados y reemplazados por los mitos del catolicismo y del “desarrollo”. La armonía con la naturaleza terminó ese 12 de octubre. Por eso pensamos que el día a celebrar en América Latina no debe ser el 12, sino el 11 de octubre, último día de libertad de nuestros pueblos amerindios.

Bibliografía

Bergua, Juan B. (1986). *Las religiones americanas precolombinas*. Madrid: Ed. Senen Martín.

- Cassier, Ernesto (1987). *Antropología filosófica*. FCE.
- Eliade, Mircea (1979). *El mito del eterno retorno*. Alianza Ed.
- Fernández, Galiano Emilio. *Léxico de los himnos de Calímaco*. Volumen 4. Gráficas Europa.
- Hyland, Drew (1975). *Los orígenes de la filosofía en el mito y los presocráticos*. Ed. El Ateneo.
- Las Casas, Bartolomé (1968). *Obras escogidas*. Madrid: Biblioteca de autores españoles.
- Lehman, Henri (1980). *Las culturas pre-hispánicas*. EUDEBA, Bs. As.
- León, Portillo Miguel (1983). *El pensamiento pre-hispánico*. Ed. UNAM.
- Lorite, José (1984). *La voz del mito*. USTA.
- Miranda, Anisia (1986). *Mitos y leyendas de la antigua Grecia*. Instituto Cubano del Libro.
- Paz, Octavio (1991). *Piedras del sol*. México.
- Popol, VUH (2007). *Artemis*. Guatemala: Impreso en Artgrafic.
- Sahagún, Fray B. de (2011). *Historia general de las cosas de Nueva España*. Red Ediciones.
- Savala, Silvio (2005). *Filosofía de la conquista*. Perú: Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Varios (1986). *Cronistas de Indias (Antología)*. Bogotá: USTA.
- Walter, Otto (2007). *Teofanía*. Ed. Sexto Piso.